

LA EXPERIENCIA ESTÉTICA, PUERTA DE ACCESO A LAS EXPERIENCIAS FILOSÓFICAS

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Alfonso López Quintás*

Un día nos leyó Xavier Zubiri, en el Seminario que lleva su nombre, unas páginas memorables, pues en ellas se contenía el esbozo de lo que sería su gran trilogía sobre la inteligencia sentiente y la sensibilidad inteligente. Como los seis profesores del grupo fundador del Seminario tuvimos, en principio, una formación tomista, nos dijo, sonriente: “Todo esto seguro que os resulta muy extraño”. Yo le contesté: “Por mi parte, puedo decir que, al oírte, me he sentido como pez en el agua, porque desde hace años estoy cultivando —de manera modesta pero fervorosa— el arte musical. Y en la interpretación musical la sensibilidad y la inteligencia se hermanan de forma prodigiosa”.

De hecho, tendí siempre a sintonizar con los autores que destacan el poder formativo del arte, sobre todo el musical, pues desde muy temprano intuí que la experiencia artística nos prepara para vivir a fondo las demás experiencias humanas. Eso me pasó, por ejemplo, con la obra de Jean-Claude Pigué, un fenomenólogo suizo que, por su amistad con el gran Ernst Ansermet —tan buen músico como agudo pensador—, vio la experiencia estética como una excelente mediación para abordar de modo personal y creativo la experiencia metafísica¹. En este trabajo quiero ampliar su investigación, mostrando la afinidad de la experiencia estética con las otras tres grandes experiencias humanas: la ética-axiológica, la metafísica y la religiosa.

Figurémonos que, alguien me habla, por ejemplo, de la maravilla de las *Variaciones Goldberg* de Bach, y siento ansia de conocerlas. Si sé tocar el piano o

* Sesión del día 19 de octubre de 2010.

¹ Cfr. *De l'esthétique à la métaphysique*, Nijhoff, La Haya 1959.

el clave, empiezo a configurar sus formas sobre el teclado de modo tanteante. ¿Quién me otorga energía para realizar el esfuerzo de dar vida a una obra cuyo valor advino al leer por primera vez la partitura? Es *la obra misma*, cuya grandeza vislumbro por lo que alguien me ha dicho y por lo que ahora entreveo en la partitura.

Acabamos de descubrir un rasgo básico de la experiencia estética: *vamos buscando una realidad valiosa merced a la energía que recibimos de ella misma*. Este rasgo se da, asimismo, en las otras tres experiencias: la ética-axiológica, la metafísica y la religiosa.

- a) Oigo proclamar la excelencia del valor de la *bondad*, la actitud benevolente con los desvalidos. Este primer contacto con dicho valor ético me insta a acercarme a su área de influencia mediante la realización de un acto *bondadoso*. Esta actividad la realizo mediante la fuerza interior que me otorga el valor mismo.
- b) Me preocupo, en clase de Metafísica, de estudiar las cuestiones relativas al ser, el sentido de la existencia, su origen y su meta. Ese estudio lo inicio y continúo un día y otro porque *desde siempre estoy inmerso en el ser*, soy un ser, me veo rodeado activamente de seres que constituyen la trama de mi vida. El hecho de existir y participar de la existencia me estimula y dinamiza para analizar a fondo todas las implicaciones de mi vida, la vida de los demás, los diversos seres, incluso los más diminutos. Me preocupo del ser porque *soy un ser*; voy buscando el conocimiento profundo del ser porque me veo implicado activamente en él, debo mi vida a otros seres y la desarrollo en vinculación con ellos.
- c) En un nivel todavía más elevado, buscamos a Dios porque de alguna manera ya estamos en Él, y Él viene a nuestro encuentro y nos invita a una relación de amistad y un compromiso de alianza. Si asumimos activamente esta posibilidad que Dios nos ofrece, tiene lugar el encuentro. Sin nuestra actitud de apertura y acogimiento, Dios no se nos revela. En buena medida, la revelación de Dios depende de nosotros, pero nosotros no somos dueños de esa revelación. En general, podemos decir que *todo lo valioso se nos manifiesta cuando lo acogemos con amor y voluntad de compromiso, pero su valor no depende de nuestro arbitrio*. En definitiva, su existencia es para nosotros un don, no un producto de nuestra imaginación creadora.

Si analizamos a fondo la afinidad estructural de las cuatro experiencias antedichas, lograremos conocerlas *por dentro*, las veremos en estado naciente, en su proceso mismo de gestación. Ya sabemos que lo decisivo en la formación no es tanto

aprender contenidos —por ejemplo, los valores— y *enseñarlos* a los demás, cuanto *descubrirlos* y ayudar a los demás a *vivir esa experiencia de búsqueda*.

La experiencia estética, la ética-axiológica, la metafísica y la religiosa suelen ser caracterizadas como modos comprometidos de *inmersión*, ya que los tipos de realidad que son su objeto-de-conocimiento no son meros *objetos* que puedan ser *ob-jetivados*, puestos a distancia del sujeto cognoscente. ¿Qué significan en este contexto los términos *inmersión* y *distancia*? ¿A qué tipo de objeto de conocimiento queremos unirnos en las cuatro experiencias humanas básicas? Para responder lúcidamente a estas preguntas, nos sirve de gran ayuda vivir paso a paso el proceso de aprendizaje de una obra musical. Ampliemos un tanto lo expuesto anteriormente.

1.

LA EXPERIENCIA DE INTERPRETACIÓN MUSICAL, COMO FORMA DE INMERSIÓN CREADORA

Tomo la partitura de una obra desconocida para mí y la pongo sobre el atril del piano. En ese instante, la partitura y el instrumento están *cerca* de mí. La obra, en cambio, se halla *a distancia*; es, respecto a mí, algo distinto, distante, externo y ajeno. Pero, como sé leer los signos de la partitura, la obra me invita a asumir sus posibilidades de juego musical y a entrar con ella en una relación de *presencia e intimidad*. Acepto tal invitación, y empiezo a buscar una realidad que me impulsa a crear con ella un nexo profundo, tan profundo y decisivo que de él depende su existencia plena como obra y la mía como intérprete. Sabemos que en la partitura la obra se halla latente, en estado virtual, como una Bella Durmiente que necesita el beso del Príncipe Azul para cobrar vida. El polo evocador de la obra, el que la trae en cada momento a la existencia, es el intérprete. La obra no existe plenamente en la partitura; *surge* entre la partitura y los intérpretes, con sus correspondientes instrumentos. La obra es, pues, algo *relacional*, ni meramente objetivo ni meramente subjetivo.

Estamos ante una experiencia *reversible*, de doble dirección: Salgo en busca de la obra, pero lo hago merced a la energía que ésta me otorga al ofrecerme posibilidades de volverla a crear². Quiero encontrarme con la obra porque de algún modo ya estoy en ella, me *hallo instalado en su campo de posibilidades de juego*. A través de los signos de la partitura adivino las formas que en ellos se expresan e intento darles cuerpo en el piano. Lo hago tanteantemente, sin libertad creativa y firmeza. Poco a poco, tales formas cobran cuerpo, adquieren una configuración determinada. Tal configuración se la otorgo yo, pero es de ellas. Sin mí, no serían reales;

²Sobre las “experiencias reversibles” puede verse mi obra *Inteligencia creativa*, BAC, Madrid 2003, pp. 103-115, 119-120, y 456.

pero yo no soy dueño de ellas. Mi labor se limita a dejar que mi *acción troqueladora de la obra* sea modelada por la *fuerza configuradora de la obra misma*. Es decir, yo configuro la obra en cuanto me dejo configurar por ella. Es ella la que me dice en cada momento si mi interpretación es justa, si pone al descubierto sus virtualidades o debo perfilarla mejor. El juego mismo de la interpretación es una fuente de luz para proseguir la búsqueda de la verdad plena de la obra. Nadie necesita decirme desde fuera lo que tengo que hacer. Es la obra misma la que me guía. Si comienzo a dirigir el *Cuarto Concierto de Brandenburgo* de Bach de forma demasiado rápida, advertir, hacia el compás 183, que el solo rapidísimo del violín solista se convierte en una mancha sonora inexpressiva. La obra misma me invita, entonces, a volver al principio y remansar un tanto el *tempo*. Al hacerlo, ese pasaje adquiere un mordiente especial, muestra todo su poder expresivo, se pone en verdad.

Cuando buscas algo libremente pero lo haces iluminado por el valor interno de lo que vas buscando, has de saber que actúas *inspirado*. Ni dominas ni eres dominado. Conviertes una realidad distinta en *principio impulsor de tu propia actividad* y superas la escisión entre la interioridad y la exterioridad, el dentro y el fuera, el dominar y el ser dominado. Al ser fiel a ese principio, no te alienas o enajenas, no pierdes tu iniciativa personal y te conviertes en una marioneta, gobernada desde fuera; te elevas a lo mejor de ti mismo porque pones en juego la capacidad creativa propia de un ser finito, que es por naturaleza abierto, dialógico, relacional.

En el nivel de la creatividad —llamémosle *nivel 2*—, nadie domina a nadie; todos se intercambian posibilidades de acción creadora y fundan un campo de juego en el que se supera la escisión entre el dentro y el fuera, lo interior y lo exterior. Tal superación permite lograr modos de unidad muy superiores a los propios del *nivel 1*, el nivel de la cercanía física y el dominio y manejo de objetos.

Ahora podemos vislumbrar algo decisivo: Si no nos situamos en el *nivel 2*, no podemos realizar y entender debidamente las experiencias estéticas, éticas, metafísicas y religiosas.

2. LA EXPERIENCIA METAFÍSICA DE INMERSIÓN PARTICIPATIVA EN LA REALIDAD

La experiencia de *participación artística* que diseñamos en el punto anterior la revive el gran filósofo francés Louis Lavelle en el nivel metafísico³. De modo

³ Cfr. *De l'acte*, Ed. Montaigne, París 1946, pp. 147, 150. Sobre este sugestivo tema puede verse mi obra *Cinco grandes tareas de la filosofía actual*, Madrid 1977, pp. 160-167.

semejante a como el intérprete se ve impulsado y nutrido espiritualmente por la obra musical en la que participa, Lavelle siente en todo momento que su vida como hombre está siendo sostenida, apoyada y promocionada por el ser que lo rodea y envuelve a modo de atmósfera nutricia. Este modo nutricional de envolver implica un género de flexibilidad y dinamismo del que carecen las cosas, vistas como seres delimitados, opacos, relacionados entre sí de modo externo y superficial. Así como la interpretación musical convierte la obra interpretada en *íntima* al artista, la participación humana en el ser consiste en ir intimando con él al hilo de la actuación personal —comprometida en la creación de ámbitos de realidad— hasta llegar a “interiorizarlo”, a convertirlo en *principio de vida creadora*, propia de un ser personal.

La teoría de la *participación* subraya, a la vez, la entrega “heterónoma” del hombre al ser y la promoción “autónoma” de su propia libertad. El ser, como fuente última de realidad y de vida, ejerce sobre el hombre un poder de apelación que lo insta a responder libremente, con el fin de realizar su propia vocación. Tenemos de nuevo una *experiencia reversible*: El hombre se plantea el tema del ser, elabora tratados de metafísica y se pregunta dramáticamente por qué existe el ser y no más bien la nada porque desde siempre se halla inmerso en el ser con un tipo de *inmersión activa*: está recibiendo posibilidades para vivir y actuar en todos los órdenes y se ve instado a asumirlas activamente con objeto de *crear* algo valioso y dar sentido a su vida. Recibir activamente posibilidades de actuación es el principio de la *creatividad*.

Se dice profusamente que el hombre es un “ser-en-el-mundo”, pero el modo de estar en el mundo no es simplemente pasivo; lo lleva a realizar toda suerte de experiencias reversibles, que pueden ser fecundas o destructivas y labran, con ello, su destino. El ser es la fuente primaria de toda relación de participación. El hombre se constituye mediante la *participación en el ser*, entendido en toda su riqueza.

En el fondo, se trata de la misma estructura bidireccional que caracteriza la experiencia artística. La obra musical es fuente de participación para el artista que sea capaz de crearla o, al menos, de contemplarla; el artista se constituye como tal en cuanto participa de obras que le ofrecen posibilidades creativas.

El acceso experiencial al ser, según Heidegger y Jaspers

El pensamiento existencial destacó enérgicamente el carácter experiencial del acceso al ser. Vista en conjunto, la empresa intelectual de Martin Heidegger se dirige a la clarificación de dos puntos decisivos:

1. A la metafísica accede el hombre a través de la angustia, temple de ánimo (*Stimmung*) que nos libera del mundo absorbente, embriaga-

dor, de lo «objetivo» (*das Gegenständliche*), para sumergirnos en la atmósfera envolvente, desazonantemente inasible, de lo «inobjetivo» (*das Ungegenständliche*), que se asemeja de modo arriesgado a una mera «nada».

2. Esta experiencia de la *nada-de-lo-objetivo* no consiste en un proceso asépticamente intelectual, sino en un *acontecimiento de inmersión*.

Ya al comienzo de la conferencia *¿Qué es metafísica?* (1929) —uno de sus escritos programáticos— revela Heidegger su decisión de subrayar la importancia que reviste, en la actividad metafísica, la experiencia personal inmersiva.

“¿Qué es metafísica? La pregunta suscita la esperanza de que se va a hablar de metafísica. Renunciamos a ello. En su lugar analizamos una determinada cuestión metafísica. De esta forma nos inmergimos, sin duda, inmediatamente en la metafísica. Con lo cual le facilitamos la única posibilidad adecuada de manifestarse a sí misma”⁴.

Una de las grandes intuiciones del pensamiento existencial consiste en advertir que las formas superiores de inmediatez no se logran mediante la mera anulación de las distancias, sino de modo esforzadamente creador, *creador en vinculación*. A ello alude —en su peculiar lenguaje— Heidegger cuando escribe:

“... El hombre, como un ser que existe trascendiendo constantemente hacia las posibilidades en que sobrenada, es un ser de lejanías (*ein Wesen der Ferne*). Sólo a través de los modos de distancia originaria que funda al trascender hacia todos los entes se instaura en la verdadera cercanía con las cosas”⁵.

Esta cercanía verdadera es la que funda el pensar. Para aprender a nadar —escribe Heidegger en *Was heisst Denken*⁶— no es suficiente leer un tratado de natación; hay que *lanzarse al torrente*. Aquí y en otros lugares, Heidegger quiere sugerir la idea de que el pensar implica *un modo de inmediatez con lo real* que sólo se puede conseguir en la relación de *inmersión*.

Cómo ha de entenderse esta inmersión, con qué categorías y esquemas es tema decisivo del pensamiento actual, y ha sido tratado singularmente por la corriente trascendentalista. Es lástima que Heidegger no se cuide de advertir en pormenor que

⁴ *Was ist Metaphysik?* V. Klostermann, Frankfurt 1955, p. 24. Versión española: “¿Qué es metafísica?”, en *Hitos*, Alianza Editorial, Madrid 2000, p. 93.

⁵ *Vom Wesen des Grundes*, V. Klostermann, Frankfurt 1955, p. 54. Versión española: “De la esencia del fundamento”, en *Hitos*, Alianza Editorial, Madrid 2000, p. 149.

⁶ *Op. cit.*, M. Niemeyer, Tübinga 1954; cf. el artículo del mismo título en la obra *Vorträge und Aufsätze*. Neske, Pfullingen 1959, p. 139.

la *realidad envolvente* en el caso de la natación —el agua— pertenece a un estrato de la realidad muy inferior a las realidades envolventes que entran en juego en el caso de la realización de los más altos valores. Este desnivel entitativo marca, asimismo, una gran diferencia en el modo de interacción que tiene lugar entre la realidad envolvente y la envuelta. El agua, ciertamente, envuelve al que en ella se sumerge, pero sigue siéndole externa, ajena, y la inmediatez en que se da es inmediatez de mera *cercanía física*. Bien es cierto que el agua ofrece posibilidades de juego al hombre que sabe nadar. Cuando éstas son asumidas por el nadador, éste y el agua fundan un campo de juego común, y su relación mutua supera los esquemas «aquí-allí», «dentro-fuera»... El agua no se halla *distante* respecto al hombre que se mueve en ella, pero tampoco le es *íntima*. Entre ambos media una relación de operatividad, que no afecta al sentido mismo de la vida humana.

Cuando el hombre asume un valor —estético, ético, religioso...—, la inmediatez que se instaura entre ambos —valor y hombre— es de *aceptación* y *participación*. Debido a ello, el valor, aun siendo una realidad distinta del sujeto que se deja sobrecojer por él, se le hace más íntimo que su propia intimidad, pues nada hay más íntimo al hombre que aquello que colabora a su pleno logro, pues constituye el sentido de su propia realización como persona y el impulso para la misma.

Heidegger ha intuido este carácter *circular-envolvente* de los procesos metafísicos, y al final de la conferencia *¿Qué es metafísica?* destaca que, en rigor, no cabe sumergirse en la metafísica porque "en cuanto existimos, ya nos hallamos siempre en ella"⁷. Este "hallarse" admite muy diversos grados de perfección y debe ser objeto de cultivo incesante. La metafísica se cultiva *desde dentro*, merced a las líneas de fuerza que integran el conjunto de ámbitos que constituye la vida humana. Por eso afirma Heidegger que la metafísica "no es ni una disciplina de la filosofía académica ni un campo de divagaciones arbitrarias". La metafísica es el acontecimiento fundamental de nuestra existencia, vista con todo lo que implica⁸.

La suspensión en la nada nos eleva a la experiencia metafísica, porque sobre esa nada *nadea* el ser. ¿De qué género de *nada* se trata? Contra las injustificadas acusaciones de nihilismo, urge decir que no se refiere Heidegger al *nihil absolutum*, sino a la *nada-de-objetividad* ("*das Nichts der Gegenständlichkeit*"). Lo expuso enérgicamente en diversos lugares. Al encuentro desazonante con esa forma de nada nos lleva una experiencia extraña de desmoronamiento existencial: la *angustia*.

Karl Jaspers centra todo su pensamiento filosófico en el paso de las realidades *objetivas* a la realidad que las *trasciende* y *fundamenta*. Esta realidad se halla

⁷ Cfr. *Was ist Metaphysik?*, p. 41. Versión española en *Hitos*, p. 121.

⁸ Cfr. *Was ist Metaphysik?*, p. 42. Versión española en *Hitos*, pp. 121-122.

presente en nuestra vida de manera tan discreta como eficiente, y se nos revela cuando buscamos tenazmente las últimas implicaciones de nuestro ser con el impulso que nos otorga la *presencia operante* de dicha realidad. Jaspers puso singular empeño en destacar el carácter “reversible” de la experiencia de la trascendencia:

“Yo me hallo en trance de trascendencia una vez que este algo profundo se abre, y en mi existir temporal el buscar como tal se convierte en hallar: pues la existencia temporal del hombre, en cuanto existencia posible, puede granar en la unidad de presencia y búsqueda; una presencia que sólo existe como un modo de búsqueda que no está desvinculado de aquello que busca. Sólo mediante la captación previa de aquello que ha de hallarse puede irse en su búsqueda; la trascendencia debe hallarse ya presente cuando yo la busco”⁹.

3.

LA EXPERIENCIA ÉTICA DE INTERIORIZACIÓN DE UN VALOR

Todavía era muy niño cuando un día me sorprendió mi madre con este encargo: “Toma este bocadillo y llévaselo al pobre que ha llamado a la puerta”. Yo me resistí porque era un anciano de barba larga y me daba miedo. Mi madre insistió: “No es un delincuente, sino un necesitado; vete y dáselo”. Esta tarea la habían hecho hasta ese día mis hermanos mayores. Lo que mi madre quería, en ese momento, era que también yo me acercara al *área de irradiación del valor de la piedad*. Los valores no sólo existen; *se hacen valer*, y se orlan con una aureola de prestigio. Al acercarnos a ellos, nos atraen, sin arrastrarnos. Esperan que tengamos la sensibilidad afinada para captar su invitación y responder a ella positivamente. Pronto observé que ser bueno con los menesterosos encierra un gran valor y procuré asumirlo como propio. El valor de la piedad siguió siendo distinto de mí, pero dejó de ser distante, externo y extraño para convertirse en principio interno de mi actividad y volverse *íntimo*¹⁰.

El primer conocimiento de tal valor me vino sugerido *desde fuera*. No importa. Lo decisivo es que un día lo convertí en una voz interior y me sentí tanto más libre interiormente cuanto más fiel fui a sus apelaciones. En el *nivel 2*, la libertad y la obediencia a normas, cuando éstas son juiciosas y fecundas para nuestra vida creativa, no sólo no se oponen sino que se enriquecen mutuamente. Actuamos con

⁹ *Philosophie III*, Transzendenz, Springer, Berlín 1956, p. 3.

¹⁰ Conviene mucho advertir que la unión con las realidades abiertas –como son las estéticas, las éticas, las metafísicas y las religiosas– sólo podemos crearla asumiendo activamente las posibilidades que nos ofrecen. Asumir activamente unas posibilidades que nos permiten dar lugar a algo nuevo dotado de valor es, justamente, la definición de la creatividad.

libertad interior o creativa cuando asumimos activamente posibilidades que nos vienen dadas y nos permiten hacer surgir algo nuevo dotado de sentido y relevancia.

Si convertimos un valor en principio interno de acción, damos cumplimiento a una exigencia íntima y experimentamos un sentimiento de plenitud y seguridad, pues no se trata de reconocer una realidad distinta y ajena y doblegarse ante sus exigencias; lo que queremos es vincular (*ob-ligar*) todo nuestro ser personal a una realidad que lo lleva a pleno desarrollo. Nunca como en esta “interiorización” de los valores estamos más afirmados en nosotros mismos y más rendidamente vinculados a la realidad. Somos plenamente “autónomos” al ser decididamente “heterónomos”¹¹. Los seres humanos vivimos como personas cuando nos movemos en el espacio abierto por dos centros: el *yo* y el *tú*, —o, dicho más ampliamente— cuando nos movemos en el entorno de las realidades abiertas —o “ámbitos”— que le ofrecen toda suerte de posibilidades¹².

A medida que asumimos un valor activamente y lo vamos realizando en nuestra vida, lo conocemos mejor, y este conocimiento nos facilita posibilidades que nos perfeccionan y hacen posible una relación todavía más estrecha con dicho valor. Desde el principio vislumbramos su fecundidad para nuestra vida. Eso sucede, por ejemplo, cuando vemos encarnado el valor en una persona que nos sirve de modelo merced a su madurez humana. Tal adivinación nos anima a recibir activamente las posibilidades que dicho valor nos ofrece. Este acogimiento creativo nos permite conocerlo más y más.

Tan fecundo proceso es posible porque los valores éticos —como los estéticos y, en otro nivel, los religiosos— no son meros objetos, sino *ámbitos*, realidades *abiertas* que nos ofrecen diversas posibilidades y nos invitan a asumirlas como principio de nuestro obrar. Si respondemos positivamente a tal invitación, los valores se nos dan a conocer gradualmente, nos revelan su fecundidad más y más. Nos muestran, así, que son entidades *relacionales* pues se revelan en el seno de una relación creativa. No son *relativas* al pensar y valorar arbitrario del hombre; surgen al entrelazarse con voluntad respetuosa de enriquecimiento mutuo dos realidades que, por ser abiertas, son *ámbitos*, no meros objetos.

¹¹ Sobre las experiencias éticas pueden verse diversas descripciones en mis obras *Cinco grandes tareas de la filosofía actual*, pp.105-109; *El triángulo hermenéutico. Introducción a una teoría de los ámbitos*, Madrid 1971, pp. 542-567.

¹² Sobre el concepto de ámbito, pueden verse mis obras: *Inteligencia creativa*, pp. 36-42, 134-136, 236-239; *La tolerancia y la manipulación*, Rialp, Madrid 2001, pp. 40-43.

4.

LA EXPERIENCIA RELIGIOSA, COMO BÚSQUEDA DEL DIOS AL QUE YA ESTAMOS “RELIGADOS”

También en la experiencia religiosa buscamos a Dios merced a la energía que nos viene de la realidad buscada. Si nos ponemos en marcha hacia Dios es porque de alguna forma ya estamos en Él y venimos de Él.

"El hombre —escribe Xavier Zubiri— está abierto a las cosas; se encuentra *entre* ellas y *con* ellas. Por eso va *hacia* ellas, bosquejando un mundo de posibilidades de hacer algo con esas cosas. Pero el hombre no se encuentra así *con* Dios. Dios no es cosa en este sentido. Al estar religado el hombre, no está *con* Dios, está más bien *en* Dios. Tampoco va *hacia* Dios, bosquejando algo que hacer con Él, sino que está viniendo desde Dios, 'teniendo que' hacer y hacerse. Por esto, todo ulterior *ir hacia* Dios es un *ser llevado* por Él. En la apertura ante las cosas, el hombre *se encuentra* con las cosas y *se pone* ante ellas. En la apertura que es la religión, el hombre *está puesto* en la existencia, implantado en el ser (...). Y puesto en él como viniendo 'desde'. Como dimensión ontológica, la religación patentiza la condición de un ente, el hombre, que no es, ni puede ser entendido en su mismidad, sino desde fuera de sí mismo"¹³.

En una obra posterior, Zubiri aclaró el sentido de esta experiencia reversible en la cual nos elevamos hacia Dios porque Dios nos atrae hacia sí.

"Escribía San Agustín que Dios diría al hombre: 'Tú no me hubieras buscado si yo no te hubiera encontrado'. Es verdad. Pero verdad parcial, porque no se trata primariamente de una búsqueda sino de un verdadero acceso, todo lo incoado que se quiera, pero verdadero acceso"¹⁴.

Dios se entrega al hombre, y a esa donación responde el hombre con la entrega.

"La forma plenaria de acceso del hombre a Dios es 'entrega'¹⁵. "Parodiando a San Agustín pudiéramos pensar que Dios diría al hombre: 'No te me entregarías si yo no te hubiera llevado a mí'. (...) A la acción donante de realidad por parte de Dios, responde el hombre con una acción positiva en la cual la persona no es llevada a Dios, sino que la persona acepta desde sí misma este su ser llevada de un modo activo y positivo, a saber, 'va a Dios'. (...) A la donación personal que es la presen-

¹³ Cfr. *Naturaleza, Historia, Dios*, Alianza Editorial, Madrid 1987, p. 433.

¹⁴ Cfr. *El hombre y Dios*, Alianza Editorial, Madrid 1984, p. 196.

¹⁵ *Ibid.*

cia fundante de Dios en las cosas y en el hombre, responde la persona humana con esa forma especial de donación que es la entrega de sí mismo¹⁶.

San Agustín intuyó que la búsqueda de Dios por parte del hombre no es de carácter *lineal*, como sucede con la búsqueda de las cosas *externas*, que se hallan *fuera* de él. A Dios lo buscamos invocándole, es decir, estableciendo con Él una relación de reverencia y acatamiento, pero esta actitud sólo es posible si ya lo conocemos y nos hallamos vinculados a Él por la fe, suscitada por el testimonio de un apóstol. Esa invocación no la dirigimos a alguien que nos sea *exterior* y se halle *fuera* de nosotros.

“Que yo, Señor, te busque invocándote —exclama san Agustín— y te invoque creyendo en ti, pues me has sido ya predicado. Invócate, Señor, mi fe, la fe que tú me diste e inspiraste por la humanidad de tu Hijo y el ministerio de tu predicador¹⁷”.

En el *nivel 2* —el de las relaciones personales, creativas— y más aún, en el *nivel 3* —el de la vinculación incondicional al bien, la verdad, la justicia, la belleza...— y en el *nivel 4* —el de la religación fundamental al Creador—, todas las experiencias ostentan carácter reversible, de doble dirección. Por eso parecen moverse en forma de “círculo”, pero no es un círculo vicioso sino virtuoso¹⁸. En éste, el sentido pleno de cada realidad se alumbra al verla en relación activa con las demás. En el *Misterio de Jesús* pascaliano, el Señor le dice al creyente: “*Consuélate, tú no me buscarías si no me hubieras encontrado*”. “*Tú no me buscarías si no me poseyeras*”¹⁹. He aquí el “pensamiento circular” que debemos poner en juego para comprender a fondo las experiencias reversibles²⁰.

Visión sinóptica

Análisis afines a los realizados sobre Heidegger, Lavelle, Jaspers y Zubiri, podrían llevarse a cabo sobre otros autores, por ejemplo Descartes y Marcel. En

¹⁶ Cfr. *Op. cit.*, pp. 197-198.

¹⁷ Cfr. *Confesiones I*, 1.

¹⁸ Romano Guardini, extraordinariamente sensible para los valores de la vida espiritual, subrayó en diversos contextos la importancia del pensamiento relacional y circular. Véase, por ejemplo, su breve obra *Anfang. Eine Auslegung der ersten fünf Kapitel von Augustins Bekenntnissen*, Kösel, Munich, 1953, pp. 22-28. Versión española: *Principio. Una interpretación de San Agustín*, Sur, Buenos Aires 1963.

¹⁹ Cfr. Pascal, *Pensées*, nº 553, Ed. Garnier, París 1955, p. 212. Confróntense estas expresiones con los capítulos 18 y 29 del libro X de las *Confesiones de San Agustín*. Véanse los comentarios de Romano Guardini en *Christliches Bewusstsein. Versuche über Pascal*, M. Grünewald, Maguncia 1991, p. 213. Versión española: *Pascal o el drama de la conciencia cristiana*, Emecé, Buenos Aires 1955, pp. 231-236.

²⁰ Sobre la afinidad de la experiencia estética, la ética, la metafísica y la religiosa pueden verse mis obras *Cinco grandes tareas de la filosofía actual*, pp. 102-109; *El triángulo hermenéutico. Introducción a una teoría de los ámbitos*, Editora Nacional, Madrid 1971, pp. 501-567; *La experiencia estética y su poder formativo*, Universidad de Deusto, Bilbao 2004, pp. 353-377.

todos ellos quedaría al descubierto que tanto en la experiencia estética como en la ética, la metafísica y la religiosa buscamos algo en virtud de la fuerza que irradia la realidad buscada, nos ponemos en marcha hacia algo que nos apela porque de alguna manera ya estamos instalados en ello. Esta forma de presencia primaria, tan potente como imprecisa, pide ser perfeccionada y hace posible, a su vez, tal perfeccionamiento.

Una obra musical se deja adivinar a través de la fronda de las notas de la partitura a la primera ojeada. Esta presencia inicial es sin duda más pobre que la obtenida por el intérprete cuando culmina el proceso de aprendizaje y configura la obra a perfección. Pero sin ella no sería posible este proceso creador de la obra.

Algo análogo sucede en la experiencia ética, la metafísica y la religiosa. Los seres humanos nos hallamos instalados en lo real. En cada momento de la vida podemos adivinar la riqueza y el poder de la realidad que funda nuestro ser y el de cuanto nos rodea, y sospechar el poder fecundante de la acción humana que poseen los grandes valores. Esta adivinación germinal impulsa todo un proceso de búsqueda. A lo largo de la vida asumimos los poderes que la realidad nos otorga y aceptamos las virtualidades que los valores nos facilitan. Al hacerlo, adquirimos un conocimiento más preciso de lo que implican los valores y la realidad. Este mayor conocimiento nos permite afinar la sensibilidad para oír la apelación de los valores y la voz de la realidad, y darles cumplida respuesta. De esta forma, a través de distintas apelaciones y respuestas entramos en relación de presencia con los valores y con la realidad, y nos elevamos a lo mejor de nosotros mismos como personas.

He aquí cómo la experiencia artística, debidamente realizada y comprendida, nos da torrentes de luz para descubrir la articulación interna de otras experiencias humanas, más difícilmente accesibles —al menos en muchos casos—, y nos permite entrañarnos en ellas. Lo antedicho nos permite comprender la razón profunda por la que Gabriel Marcel solía afirmar que “la intersubjetividad es esencialmente apertura”; (...) es el hecho de estar juntos en la luz”²¹.

²¹ *Présence et immortalité*, Flammarion, París 1959, pp. 255-256.